

guidos de la corte, los embajadores, los ministros, los que por algún concepto eran ilustres, cubiertos de cruces, de placas, de cordones multicolores, apiñábanse en torno de la vizcondesa. La música de la orquesta esparcía sus notas bajo los dorados artesanos de aquel palacio, desierto para su reina.

En pie, delante del primer salón, estaba la señora de Beuseant para recibir á sus pretendidos amigos. Vestía de blanco, sin ningún adorno en el cabello, sencillamente peinado. Parecía tranquila, sin ostentar dolor, orgullo, ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. Hubiérasela tomado por una Níobe de mármol. Su sonrisa á sus íntimos amigos fué á veces irónica, pero á todos pareció la misma de siempre, mostrándose tan igual á lo que había sido cuando el sol de la felicidad la adornaba con sus rayos, que hasta los más insensibles la admiraron, de la misma suerte que las jóvenes romanas aplaudían al gladiador que sabía morir sonriendo. La sociedad parecía haberse engañado para despedir á una de sus soberanas.

— Temía que no viniese usted, dijo á Rastignac.

— Señora..., respondió éste con voz conmovida y habiendo visto en aquellas palabras un reproche, he venido para quedarme cuando todos se marchen.

— Bien, dijo la vizcondesa, cogiéndole la mano, usted es probablemente el único de los que aquí están de quien yo pueda fiarme. Amigo mío, ame usted á una mujer á quien pueda usted amar siempre. No abandone usted á ninguna.

Tomó el brazo de Rastignac y le condujo á un sofá del salón de juego.

— Vaya usted á casa del marqués, le dijo. Santiago, mi ayuda de cámara le guiará y le entregará una carta mía. Le pido mi correspondencia. Se la devolverá á usted entera, por lo menos tal creo. Si trae usted las cartas, suba á mi cuarto, que ya me avisarán.

Levantóse para recibir á la duquesa de Langeais, su mejor amiga, y que también acudía.

Marchóse Rastignac, y preguntó por el marqués de Ajuda en el palacio Rochefide, en donde se sabía que pasaría la velada, y en donde, en efecto, encontróle Eugenio. El marqués le condujo á su palacio, y entregó al estudiante una caja, diciéndole:

— No falta ninguna.

Pareció querer hablar con el joven, bien para pedirle noticias del baile y de la condesa, bien para confesarle que su proyectado enlace comenzaba á pesarle, según sucedió más adelante; pero un relámpago de orgullo brilló en sus ojos, y tuvo el triste valor de guardar secreto acerca de sus más nobles sentimientos.

— No le diga usted nada de mí, querido Eugenio.

Estrechó la mano de Rastignac con cierta triste afectuosidad é hizo ademán de despedirle.

Regresó Eugenio al palacio de Beuseant. Condujéronle al cuarto de la vizcondesa, en el que observó preparativos de marcha. Sentóse junto al fuego, quedóse mirando la cajita de cedro, y cayó en profunda melancolía. La señora de Beuseant tenía para él las proporciones de una diosa de la *Ilíada*.

— ¡Ay! amigo mío, dijo la vizcondesa al entrar, apoyando una mano en el hombro de Eugenio.

Vió á su prima llorando, con la mirada fija en el

lecho, temblándole una mano yalzada la otra. De repente cogió la caja, la echó en la lumbre, y la vió quemarse.

— ¡Están bailando! Todos han acudido puntualmente; en cambio, la muerte vendrá tarde. ¡Silencio! amigo mío, añadió poniendo un dedo en la boca de Rastignac, el cual iba á hablar. No volveré á ver más á París y á la sociedad parisiense. A las cinco de la mañana me marchó para ir á sepultarme en el fondo de la Normandía. He tenido que hacer mis preparativos desde las tres de la tarde, firmar escrituras, tratar de negocios... y no podía enviar á nadie á casa de...

Se detuvo.

— Era seguro que se hallarian en casa de...

Detúvose de nuevo, abrumada de dolor. En tales instantes todo es sufrimiento y hay palabras que no pueden pronunciarse.

— Con usted contaba, por fin, esta noche para este último favor. Quisiera darle á usted un recuerdo de mi amistad. Pensaré mucho en usted, que me ha parecido bueno y noble, joven y cándido, en esta sociedad en la que tan raras son tales cualidades. Deseo que también usted se acuerde de mi algunas veces. Tome usted, dijo mirando en torno suyo, aquí tiene usted la caja donde solía guardar mis guantes. Siempre que cogí algunos para ir á un baile ó al teatro, sentíame hermosa, porque era feliz, nunca la he tocado sin depositar en ella algún agradable pensamiento; esta caja encierra mucho de mí misma, contiene á la señora de Beauseant que ya no existe; acép-

tela. Cuidaré de que la lleven á su casa, calle de Artois. La señora de Nucingen está muy bien esta noche: ámela usted mucho. Si no nos volvemos á ver, quede usted seguro de que hago votos por su felicidad, puesto que ha sido usted bueno para mí. Bajemos, porque no quiero que se figuren que lloro. Tengo ante mí la eternidad, en la que estaré sola sin que nadie pueda pedirme cuenta de mis lágrimas. ¡Una mirada más á esta habitación!

Se detuvo. Luego, después de haber por un momento ocultado sus ojos con su mano, se los secó, los bañó en agua fresca y tomó el brazo del estudiante.

— ¡Adelante! dijo.

Rastignac no había sentido todavía, en su vida, emoción tan violenta como la que le produjo el contacto de aquella pena tan noblemente contenida. Al volver al baile dió la vuelta al salón con la vizcondesa, última y delicada atención de aquella simpática mujer. Pronto vió á las dos hermanas, la condesa de Restaud y la baronesa de Nucingen. La condesa estaba magnífica, ostentando sus diamantes, que por última vez llevaba y que sin duda le producían una sensación de quemadura. Por poderosos que fuesen su orgullo y su amor, costábale trabajo sostener las miradas de su marido. No era aquel espectáculo para disminuir la tristeza de los pensamientos de Rastignac, el cual veía tras los diamantes de las dos hermanas el camastro en que yacía el tío Goriot. La vizcondesa, interpretando mal su actitud melancólica, soltó su brazo.

— Vaya usted, le dijo, no quiero costarle un placer.

Eugenio fué pronto reclamado por Delfina, dichosa por el efecto que producía, y que anhelaba poner á los pies del estudiante los homenajes que cosechaba en aquel mundo, en el que tenía la esperanza de ser admitida.

— ¿Cómo encuentra usted á Nasia? le preguntó.

— Ha negociado hasta la muerte de su padre, contestó Rastignac.

A eso de las cuatro de la mañana comenzó á disminuir la concurrencia, y á poco calló la música. La duquesa de Langeais y Rastignac se encontraron solos en el salón principal. Creyendo la vizcondesa no encontrar en él más que al estudiante, acudió, después de haberse despedido del vizconde Beauseant, quien se había retirado para acostarse, repitiéndole :

— Hace usted mal, querida, en ir á encerrarse á su edad. No sea usted niña y quédese con nosotros.

Al ver á la duquesa, no pudo la señora de Beauseant contener una exclamación.

— La he adivinado á usted, Clara, dijo la duquesa. Usted se va para no volver, pero no será sin que me oiga y nos entendamos.

Tomó del brazo á su amiga, la condujo al salón próximo; allí, mirándola con los ojos arrasados en lágrimas, la estrechó contra su pecho y la besó en las mejillas.

— No quiero que nos separemos friamente, hija mía, porque me pesaría mucho de ello. Puede usted contar conmigo como consigo misma. Ha estado usted admirable esta noche, me he sentido digna de usted, y quiero probárselo. Tiene usted motivos de queja

contra mí, no siempre me he portado bien; perdóneme usted, amiga mía: retiro cuanto haya podido lastimarla y declaro que quisiera recoger mis palabras. Un igual dolor ha unido nuestras almas, y no sé quién de las dos será más desdichada. El señor de Montriveau no estaba aquí esta noche, ¿comprende usted? El que la haya visto á usted en este baile no podrá olvidarla. Yo voy á intentar el último esfuerzo. Si se me malogra, me recogeré á un convento. ¿Usted adónde va?

— A Courcelles, en Normandía, á amar y á rezar hasta que Dios me lleve de este mundo.

— Venga usted, señor de Rastignac, dijo la vizcondesa creyendo que el joven estaba esperando.

Dobló la rodilla el estudiante, tomó la mano de su prima y la besó.

— Antonia, ¡adiós! ¡sea usted feliz! volvió á decir la de Beauseant. En cuanto á usted, Eugenio, ya lo es, está usted en los albores de la vida, puede usted creer en algo. ¡Al marcharme de este mundo, habré tenido, como algunos moribundos privilegiados, religiosas y sinceras emociones en torno mío!

Serían las cinco cuando se despidió Rastignac, después de haber dejado á la señora de Beauseant en su berlina de viaje, y recibido de ella el último adiós regado de lágrimas que demostraban que no están las personas de más alto rango exentas de las leyes del corazón, y que no viven libres de sufrimientos, como algunos cortesanos del pueblo quisieran hacerse lo creer.

A pie volvió Eugenio á casa de la viuda de Vau-

quer, á pesar del frío y de la humedad que hacía. Su educación se completaba.

— No salvaremos al pobre tío Goriot, dijo Bianchon al entrar Eugenio en la habitación de su vecino.

— Amigo mío, díjole Rastignac, después de haber contemplado al dormido anciano, ve y continúa la modesta carrera á que limitas tus aspiraciones. Yo estoy en el infierno, y forzoso me es continuar en él. Por malo que sea lo que del mundo te digan, créelo, porque no hay Juvenal que pueda pintar los horrores, cubiertos de oro y pedrerías, que encierra.

Despertó á Eugenio Bianchon, al día siguiente, hacia las dos de la tarde. Tenía que salir, y le rogó que cuidara al tío Goriot, cuyo estado había empeorado sensiblemente durante aquella mañana.

— No le quedan dos días de vida al desgraciado; quizá no dure seis horas, dijo el estudiante de medicina; y á pesar de ello no podemos dejar de combatir el mal. Va á ser preciso aplicarle remedios que cuestan bastante dinero. Desde luego, seguiremos siendo sus enfermeros; pero yo no tengo un céntimo. He mirado sus bolsillos, registrado sus armarios: cero. En un momento de lucidez, le he preguntado si disponía de algún dinero, y me ha contestado que nada le quedaba. ¿Y tú, cuánto tienes?

— Unos veinte francos; pero iré á jugarlos, y ganaré.

— ¿Y si pierdes?

— Pediré dinero á sus yernos y á sus hijas.

— ¿Y si no te lo dan? replicó Bianchon. Lo más urgente en este momento no es el dinero, sino envolver

al enfermo en un sinapismo hirviendo que le coja desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si se queja, aún podremos esperar. Ya sabes tú cómo hay que prepararlo y aplicarlo; además, Cristóbal te ayudará. Yo me pasaré por casa del boticario á responder de todos los medicamentos que hayan de comprarse. Ha sido una desgracia no haber podido transportarle á nuestro hospital, donde habría estado mucho mejor. Vamos, ven para que te instale en tu puesto, y no te muevas hasta que yo vuelva.

Entraron los dos jóvenes en la habitación en que yacía el anciano. Espantóle á Eugenio el cambio efectuado en aquella cara convulsada, blanca y profundamente débil.

— ¿Cómo vamos, papá? le dijo, inclinándose sobre el pobre lecho.

Alzó Goriot hacia Eugenio una mirada velada, y la fijó atentamente sin reconocerle. El estudiante no pudo mantenerse sereno ante aquel espectáculo. Algunas lágrimas acudieron á sus ojos.

— Di, Bianchon, ¿no sería bueno poner unas cortinas en las ventanas?

— No, ya no le afectan las circunstancias atmosféricas. ¡Ojalá sintiese el frío y el calor! Sin embargo, necesitamos encender lumbre para preparar las tisanas y otras muchas cosas. Te enviaré unas cuantas astillas mientras se trae leña. Ayer y hoy he gastado la tuya y todo el cisco que tenía el pobre hombre. Hacía humedad y las paredes goteaban. Apenas he podido secar la habitación; Cristóbal la ha barrido, porque estaba hecha una cuadra. Además olía

mal, por lo que he quemado un poco de enebro.

— ¡Dios mío! dijo Rastignac, ¡pero y sus hijas!

— Mira, si pide de beber, le das de esto, añadió Bianchon, indicándole un jarro blanco. Si le oyes quejarse y observas calor y dureza en el vientre, le pones con ayuda de Cristóbal... lo que sabes. Si por casualidad tuviese una gran exaltación, si hablara mucho, en una palabra, si divagara algo, déjalo que siga, que no es mala señal. Pero envía á Cristóbal al hospital Cochin. Vendremos en seguida el médico, mi compañero ó yo á aplicarle unos cauterios. Esta mañana, mientras dormías, hemos tenido una gran consulta un discípulo del doctor Gall, un médico jefe del Hotel-Dieu y el nuestro, los cuales han creído descubrir en la enfermedad curiosos síntomas, y vamos á seguir el desarrollo de la enfermedad para ilustrarnos acerca de varios puntos científicos bastante importantes. Uno de esos señores pretende que la presión del suero, si se acentúa más en un órgano que en otro, podría determinar hechos particulares. De manera que escúchale bien, caso de que hablara, para estar al tanto del género de ideas con que se relacionaran sus palabras: si son fenómenos de memoria, de penetración, de raciocinio, si se ocupa de materialidades ó de sentimientos; si calcula, si vuelve hacia el pasado; en resumen, está atento para comunicarnos un informe en toda regla. Posible es que la invasión se efectúe en masa, englobándolo todo, en cuyo caso moriría hecho un idiota como lo está en este momento. ¡Son tan caprichosas esas enfermedades! Si la bomba estalla por aquí, dijo Bianchon, señalando, indicando el

occipucio del enfermo, pueden presentarse, y de ello hay ejemplares, los fenómenos más singulares; el cerebro recobra algunas de su facultades, y la muerte viene con más lentitud. Las serosidades pueden desviarse del cerebro y seguir caminos que sólo la autopsia ha de descubrir. En los Incurables hay un viejo idiota en el que el derrame se verificó á lo largo de la columna vertebral; sufre horriblemente, pero vive.

— ¿Se han divertido mucho? dijo el tío Goriot reconociendo á Eugenio.

— ¡Ah! no piensa sino en sus hijas, exclamó Bianchon. Más de cien veces me ha dicho esta noche: « ¡Bailan! Nasia tiene su traje. » Las llamaba por sus nombres. Me hacía llorar con la entonación de sus exclamaciones: « ¡Delfina, Delfinita mía! ¡Nasia! » Palabra de honor, dijo el estudiante de medicina, que era cosa de saltársele á uno las lágrimas.

— ¿Delfina está ahí, verdad? dijo el anciano. Bien lo sabía yo.

Y sus ojos adquirieron una movilidad de loco, registrando las paredes y la puerta.

— Bajo á decir á Silvia que disponga los sinapismos, gritó Bianchon; la ocasión es oportuna.

Rastignac quedó solo para atender al viejo, sentado á los pies de la cama, con los ojos fijos en aquella espantosa cabeza cuya vista daba pena.

— La vizcondesa de Beauseant se va, y éste se muere, dijo. Las almas buenas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. En efecto, ¿cómo han de ser compatibles los grandes sentimientos

con una sociedad mezquina, pequeña y superficial?

Las imágenes de la fiesta á la que había asistido se presentaron á su recuerdo, contrastando con el espectáculo del moribundo tendido en el lecho. De pronto reapareció Bianchon.

— Oye, Eugenio, acabo de ver á nuestro primer médico y no he cesado de correr. Si presenta síntomas de lucidez y si habla, ponle un sinapismo que le coja desde la nuca hasta los riñones, y nos mandas llamar.

— Querido Bianchon, dijo Eugenio.

— ¡Ah! se trata de un caso científico, añadió el estudiante de medicina con el ardor de un neófito.

— Está visto, dijo Eugenio, seré el único que por afecto cuide á este pobre anciano.

— No dirías eso si me hubieras visto esta mañana, contestó Bianchon sin ofenderse por las palabras de Eugenio. Los médicos que han ejercido no ven más que la enfermedad, pero yo todavía veo al enfermo, amigo mío.

Y se fué, dejando nuevamente á Eugenio solo con el viejo, y en espera de una crisis que no tardó en declararse.

— ¡Ah! ¿es usted, querido hijo mío?

— ¿Está usted mejor? replicó el estudiante, cogiéndole la mano.

— Sí, tenía la cabeza como en un torno, pero ya la voy sintiendo libre. ¿Ha visto usted á mis hijas? Vendrán en seguida; en cuanto sepan que estoy malo, correrán á verme. ¡Me cuidaron tanto en la calle de la Jussienne! ¡Dios mío! Quisiera que mi cuarto

estuviera limpio para recibirlas. Un joven, que estaba aquí, me ha quemado todo el cisco.

— Oigo á Cristóbal, le dijo Eugenio; le sube á usted leña que ese joven le envía.

— Bueno, pero ¿cómo pago yo esa leña? Hijo mío, no tengo un céntimo. Todo lo he dado, todo; estoy en el caso de pedir limosna. Diga usted, ¿el vestido bordado era bonito?... ¡Ay, cuánto sufro!... Gracias, Cristóbal, Dios se lo premie, que yo ya nada tengo.

— Yo os recompensaré bien á ti y á Silvia, dijo Eugenio al oído de Cristóbal.

— Mis hijas han dicho que iban á venir, ¿no es verdad, Cristóbal? Vuelve á su casa, y te daré cinco francos. Diles que no me encuentro bien, que quiero verlas y abrazarlas una vez más antes de morir. Diles todo esto, pero sin asustarlas mucho.

Cristóbal, á una señal de Eugenio, se marchó.

— Van á venir, dijo el anciano. Las conozco. La buena de Delfina ¡qué sentimiento va á tener si muero! Y Nasia también. Yo no quisiera morir para no hacerlas llorar. Morir, mi querido Eugenio, es no verlas más. ¡Mucho me voy á aburrir sin ellas en el otro mundo! Para un padre el infierno es estar privado de sus hijos; bien á mi costa lo he aprendido desde que salieron de mi casa para casarse. Mi paraíso estaba en la calle de la Jussienne. Oiga usted, si voy al paraíso, podré volver á este mundo en espíritu para estar cerca de ellas. He oído decir cosas por el estilo. ¿Son una verdad? En este momento creo verlas tal como estaban en la calle de la Jussienne. Bajaban por la mañana. « Buenos días, papá », decían. Las

sentaba en mis rodillas, las hacía rabiarse, hacía con ellas mil tonterías. Me acariciaban con mucha monada. Todas las mañanas almorzábamos juntos, comíamos juntos; en una palabra, era padre, gozaba de mis hijos. Cuando vivían en la calle de la Jussienne, no se metían en razonamientos, no sabían nada de las cosas del mundo, me querían mucho. ¡Por qué, Señor, no se han quedado siempre niñas!... ¡Oh, cuánto sufro! se me arranca la cabeza... ¡Ah! ¡ah! ¡perdón, hijas mías! sufro horriblemente, y no hay duda de que no es un dolor de mentirijillas, pues me habéis endurecido en el sufrimiento. ¡Señor, si siquiera tuviese sus manos entre las mías, no sentiría nada! ¿Cree usted que vendrán? ¡Ese Cristóbal es tan bruto! Debí haber ido yo mismo. ¡Él las va á ver! Pero usted, que estuvo ayer en el baile, dígame cómo estaban. ¿Verdad que no saben que estoy enfermo? Las pobres no hubieran bailado. ¡Ah! ¡No quiero estar malo, ahora que tanto me necesitan! ¡Sus dotes peligran! ¡Y á qué maridos las he dado! ¡Cúreme usted, cúreme usted! ¡Oh, cuánto sufro!... ¡ah! ¡ah! ¡ah!... Amigo mío, es preciso curarme, porque ellas necesitan dinero, y yo sé dónde ganarlo. ¡Iré á Odessa á hacer agujas de almidón, y ganaré millones, porque soy listo! ¡Oh, sufro demasiado!

Callóse Goriot breve rato como si reuniera todas sus fuerzas para soportar el dolor.

— Si estuviesen ellas aquí, yo no me quejaría, dijo. ¿Por qué quejarme?

Sobrevino un ligero sopor, que duró largo rato. Eu-

genio, creyéndole dormido, dejó al criado que le diera cuenta de su misión en voz alta.

— Señorito, dijo, fui primero á casa de la señora condesa, á la cual no he podido hablar porque estaba con su marido ocupada en no sé qué graves negocios. Como yo insistía, el señor de Restaud vino él mismo y me dijo así: « ¿Conque se está muriendo el señor Goriot? Pues es lo mejor que puede hacer. Necesito á mi mujer para arreglar unos asuntos de la mayor importancia. Cuando los hayamos terminado, irá. » Parecía estar muy enfadado el señor ese. Iba á marcharme cuando salió la señora por una puerta de la antesala que yo no había visto hasta entonces. « Cristóbal, di á mi padre que estamos debatiendo, mi marido y yo, negocios que para mis hijos son de vida ó de muerte, y que por eso no puedo dejarle, pero que en cuanto acabe irá. » En cuanto á la señora baronesa, otra historia. No he podido hablar con ella, ni siquiera verla: « La señora, me dijo su doncella, ha venido del baile á las cinco y cuarto, y está durmiendo; si la despierto antes de las doce, me reñirá. Cuando me llame, le diré que su padre está peor. Las malas noticias siempre hay tiempo de darlas. » Por más que supliqué para que avisaran en seguida á la señora, ¡ya, ya!... Pedí hablar al señor barón, pero me dijeron que había salido.

— ¡Será posible que ninguna de sus hijas venga! exclamó Rastignac. Voy á escribir á ambas.

— ¡Ninguna! respondió el viejo incorporándose en el lecho. ¡Tienen que hacer; duermen, y no vendrán! Ya lo sabía. Para saber lo que son los hijos, hay que

morirse... Amigo mío, no se case; ¡no tenga usted hijos! Usted les da la vida, y ellos, á usted, la muerte. Usted les hace entrar en el mundo, y ellos le expulsan de él. ¡No; no vendrán! Hace diez años que lo sé. ¡Me lo decía algunas veces á mí mismo, pero no me atrevía á creerlo.

Una lágrima rodó en cada uno de sus ojos, sobre el rojizo borde, sin caer.

— ¡Ah! ¡si fuera rico, si hubiera conservado mi fortuna, si no se la hubiese entregado, estarían aquí comiéndome la cara á besos! Viviría en un palacio, tendría hermosas habitaciones, criados y leña que fuese mía en la chimenea; y ellas se hallarían á mi lado, deshechas en lágrimas, con sus maridos y sus hijos. ¡Tendría todo eso! Ahora nada tengo. El dinero lo da todo, incluso hijas. ¡Oh! mi dinero, ¿dónde está? Si tuviera tesoros que dejar, me curarían y cuidarían; las oiría y las vería. ¡Ay! ¡hijo mío, mi hijo único, prefiero mi abandono y mi miseria! Siquiera, cuando un desgraciado ve cariño, bien seguro está de que es porque le quieren. Pero no; quisiera ser rico para verlas. Aunque, después de todo, ¡quien sabe! Las dos tienen el corazón de piedra. Yo las quería demasiado para que me quisieran ellas á mí. Un padre debe ser siempre rico y tenerles las riendas tirantes á sus hijos como si fueran caballos mal intencionados. Y yo estaba de rodillas ante ellas. ¡Miserables! Dignamente coronan su conducta para conmigo desde hace diez años. ¡Si supiera usted qué cuidados tan minuciosos tenían para mí en los primeros tiempos de su matrimonio... ¡Ah! ¡Qué cruel martirio estoy sufriendo! Acababa...

de dar unos ochocientos mil francos á cada una, de modo que ni ellas ni sus maridos podían dejar de ser amables conmigo. Me recibían con « Mi buen papá por aquí; mi querido papá por allá », y en su mesa había siempre un cubierto puesto para mí. Hasta comía con sus maridos, los cuales me trataban con consideración. Habríase dicho que aún me quedaba algo. Y todo, ¿por qué? Yo nada había dicho de mis negocios, y un hombre que entrega ochocientos mil francos á cada hija es digno de las mayores atenciones. Y me las prodigaban, pero era por mi dinero. Poco vale el mundo. Por experiencia lo digo. Me llevaban en coche al teatro, y las noches de reunión me quedaba siempre que quería. En fin, decíanse hijas mías, y no renegaban de mí como padre suyo. También yo tengo mi mijita de astucia, y nada de todo aquello se me escapó. Cada desaire ha hecho blanco, desgarrándome el corazón. Bien veía que aquello era mentira, pero el mal ya no tenía remedio. No estaba en casa de ellas tan á mis anchas como lo estoy á la mesa de abajo. No sabía decir una palabra. Así, cuando algunos de aquellos señorones preguntábanles á mis yernos al oído: « ¿Quién es el señor ese? — Es el padre de los cuartos. — ¡Ah, diablo! » decían, y me miraban con el respeto que al dinero se debe. Pero si alguna vez les molestaba algo, ¡con creces compensaba mis defectos! Además ¿quién es perfecto?... ¡Mi cabeza está hecha una llaga! En este momento sufro lo que hay que sufrir para morir, mi querido don Eugenio; pues bien, esto es nada comparado con el dolor que me causó la primera mirada con la que me hizo comprender Anastasia que acababa yo

de decir una tontería que la humillaba; su mirada me ha abierto todas las venas. Hubiera deseado saberlo todo, pero lo que supe muy bien es que estaba de más en la tierra. Al día siguiente fui á casa de Delfina para que me consolara, y mire usted por dónde cometo una tontería que le incomodó. Me puse como loco. Durante ocho días estuve sin saber qué decisión tomar. No me he atrevido á ir á verlas, temiendo que encima se quejara de mi conducta. Y héme despedido de casa de mis hijas. ¡Oh Dios mío! puesto que conoces las vergüenzas y los dolores que he pasado; puesto que has contado todas las puñaladas que he recibido durante todo ese tiempo que me ha envejecido, cambiado, matado, blanqueado, ¿por qué me haces sufrir hoy? De sobra he pagado el pecado de haberlas querido con exageración. Harto bien sehan vengado de mi cariño; me han torturado como verdugos. Pero son tan estúpidos los padres, tanto las amaba yo, que volví á casa de ellas, como un jugador vuelve á la sala de juego. Mis hijas eran mi único vicio, mis amantes: todo, para mí. Cuando necesitaban algo, un adorno, por ejemplo, me lo decían sus doncellas, ¡y yo regalaba el adorno para ser bien recibido! Mas no por eso dejaron de darme algunas leccioncitas acerca de cómo tenía yo que presentarme en sociedad. Y en seguidita: ni siquiera esperaron al día siguiente. Ya comenzaban á avergonzarse de mí. Ahí tiene usted lo que es educar bien á los hijos. Pero yo tenía demasiados años para ir al colegio. (¡Sufro horriblemente! ¡Dios mío! ¡Los médicos! ¡los médicos! Aunque me abrieran la cabeza sufriría menos.) ¡Mis hijas! ¡mis hijas! ¡Anastasia, Delfina! ¡Quiero

verlas! Mándelas usted á buscar, aunque sea por los gendarmes, á la fuerza. La justicia, la naturaleza, el código civil, todo está en mi favor. ¡Protesto! Perecerá la patria si se pisotea á los padres. Eso no tiene vuelta de hoja. La sociedad, el mundo, descansan sobre la paternidad, y, si los hijos no aman á sus padres, todo se viene abajo. ¡Ah, verlas, oírlas; no me importa lo que me digan; con tal que las oiga se calmarán estos dolores! ¡Sobre todo, Delfina! Pero cuando vengan, dígales usted que no me miren con esa frialdad que acostumbran. ¡Ay! Eugenio, amigo mío, usted no sabe lo que es eso de hallar el oro de la mirada cambiado de repente en plomo gris. Desde el día en que los ojos de ellas dejaron de irradiar luz en mí, siempre he vivido en invierno, aquí; sólo he tenido dolores que devorar, ¡y los he devorado! He vivido para ser humillado é insultado, pero las quiero tanto que he pasado por todas las afrentas con que me hacían pagar una satisfacción pequeña y vergonzante. ¡Un padre obligado á ocultarse para ver á sus hijas! ¡Les he dado mi vida, y no me consagrarán hoy una hora! Tengo sed y hambre, el corazón me abrasa, y no vendrán á mitigar mi agonía; porque me muero. ¡Pero ignoran, por lo visto, lo que es pasar sobre el cadáver de un padre! Hay un Dios en los cielos que nos venga á los padres á pesar de nosotros mismos. ¡Oh! vendrán. ¡Venid, queridas mías, venid á darme un beso, el último beso, el viático de vuestro padre, quien pedirá á Dios por vosotras, que le dirá que habéis sido buenas hijas, que abogará por vosotras! Después de todo, sois inocentes. Son inocentes, amigo mío. Dígaselo usted